

Tráteme Ud. bien, por favor

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

Tocaron a la puerta de mi despacho. Entró una alumna y me dijo: «¿Becerra, tienes un momento?». Me cogió un poco ensimismado, pero pronto reaccioné: «¿Qué desea Ud.? Está hablando con un profesor». La alumna siguió de este tenor: «Que no estoy de acuerdo con la nota que me has puesto». Ante mi cara de descontento me dijo sorprendida: «ah, que se trata de tratarle de Ud. Bueno».

Una cosa es el trato y otra el tratamiento. Primero está el ‘trato’ como la relación entre personas, después el ‘tratamiento’ como las fórmulas usadas en el trato con las personas. Llama la gramática trato de ‘respeto’ al uso de ‘usted, ustedes’, y de familiaridad al uso de ‘tú, vosotros’, en el caso de la América rioplatense de ‘vos’, con una persona. Es algo aceptado entre nosotros que se trata de Ud. a personas mayores que yo, más cualificadas que yo, más ricas que yo; de ahí lo de ‘poderoso caballero es don dinero’, o con alguna dignidad o cargo; y se trata de tú a los iguales o a los inferiores. El tuteo está más extendido en España que en América. Curioso oír en América a un padre tratar de usted a su hija de cinco años. El tratamiento es el título que se da a una persona por cortesía o en función de su cargo o condición: ‘señor, señora, caballero, señoría, monseñor, excelencia, etc.’. Se conocen como fórmulas de tratamiento con que el emisor se dirige a su interlocutor, en función de la relación social. El tratamiento exige un nombre común (señor, señora) que se pone delante de un nombre propio, como: ‘Señá Tomasa,...’, ‘Sr. Turull, su investidura’ (dice Puebla en el chiste y le entrega la camisa de presidiario), o de un cargo: ‘señor obispo’. En la época de la transición política española hubo una corriente vulgarizadora o populachera de huida del tratamiento de ‘señor’ o ‘señora’ a las personas, sobre todo si eran cargos, para facilitar el acercamiento, mal entendido, a todos; se optó por la igualación por abajo: ninguno señor. Así un gobernador era tratado como ‘gobernador’ a secas, no ‘señor gobernador’; un profesor era requerido como ‘profesor’, no como ‘señor profesor’. Algo muy lejos del ‘sir’ inglés que te lo espetan en todos lados y circunstancias, en un bar, en una calle, en un despacho, además del consabido título nobiliario y real.

Ciñéndonos a nuestra profesión de enseñantes, no veo que hayamos acertado en la exigencia de tratamiento adecuado. El profesor no es el compañero del alumno, como el padre no es el amigo del hijo, ni el empresario es el compañero del empleado, ni el juez es el colega del

delincuente. ¿Qué es eso de clase única? Cada uno en su sitio, cada clase en su lugar y cada maestro en su tarima, como defiende el juez de menores Emilio Calatayud. Pienso que las formas son exigibles y ayudan mucho. Volvemos a la transición política para recordar la aversión a la corbata, la invasión de los descamisados, la famosa pana y la marcelina. En televisión aparecen los hombres con corbata, pero en clase ¿es normal un profesor con el jersey de rombos? Las empresas de hoy exigen 'buena presencia', y ¿el maestro puede atender una clase en pantalón corto? Juan Eslava, el historiador, que en sus orígenes jaeneros lo recuerdo como angloparlante y anglófilo, explica muy bien eso «de que la nueva estética tiene mil maneras de expresar su disconformidad con el orden establecido». Aunque en el mundo anglosajón he visto a algún profesor universitario calzando tenis, a algún profesor norteamericano estirándose. ¿Hay algún problema en la universidad alemana por reservar un comedor para profesores? Es que no todos somos iguales. Que no.

En un barrio de la capital se descubrió que un profesor universitario hacía pintadas en las paredes protestando por los perros callejeros y cagaderos. Todo el mundo se escandalizó por la falta de educación en un profesor universitario. Todos unen formación con educación. Debería ser pero no es así. Hay una dejadez escandalosa en las formas universitarias: a veces los profesores no contestamos las cartas o mensajes, a veces los despachos son auténticas covachas de desorden y libros amontonados, a veces somos el peor enemigo del compañero por exceso de competitividad. Unos dejados, unos seres peligrosos. Algunos profesores piensan que la forma es algo externo y artificial. Pero la sociedad que nos rodea no siempre piensa así. ¿Quién lleva razón? ¿El que piensa que el fondo contiene la verdad o los que alaban como social lo presentable y aderezado?